

agitaban sus pañuelos y sus sombreros, como llamando á los agitadores de fuera, y aunque los cuestores, auxiliados por los guardias, les obligaron á retirarse, no tardaron en reaparecer en mayor número, y muy pronto, según dice un testigo ocular, «las gradas se llenaron como un estrado (1).» Desde la plaza de la Concordia se veían las señales y esto excitaba el ardor de la multitud, la cual empujaba cada vez con más violencia á los gendarmes que guardaban todavía el acceso del puente por el lado de la plaza. Por entre las patas de los caballos y por los espacios que dejaban entre sí los jinetes, escurríanse guardias nacionales, obreros y menestrales, que, entrando en el puente, empujaban á las compañías. Estas, que habían sido las primeras en pasar, tocaban ya á las verjas del Palacio, que estaban cerradas y constituían la única protección de la Cámara. La orden primitiva era de que no se abriesen para nadie, así es que, habiéndose presentado algunas delegaciones de guardias nacionales, los porteros les impidieron la entrada; pero en esto llegaron dos ó tres diputados y se entreabrió la puerta para que pudiesen entrar, penetrando con ellos en el edificio algunas personas extrañas. Después se parlamentó, y habiendo llegado un diputado, el Sr. Steenackers, los guardias nacionales insistieron en su exigencia; entonces se decidió dejar pasar á algunos individuos, sólo á algunos, con la condición de que dejaran sus armas, y el resultado fué que pasaron, no algunos, sino un centenar de hombres, puesto que junto á la puerta se encontraron cien fusiles (2). Muy pronto, siendo ya imposible cerrar las verjas, los que las custodiaban cedieron, medio de grado, medio por fuerza; y la muchedumbre, desbordándose por el edificio, invadió primero el peristilo y después los pasillos en número tal, que hubo que renunciar á contener aquella ola humana.

En el interior había algunos destacamentos de infantería compuestos de soldados bisonos, á quienes aquellos sucesos tenían atolondrados y que lejos de contener á los invasores se apartaron para dejarles paso. ¿Sería más persuasiva la elocuencia que eficaz había sido la fuerza? Propagada la alarma, varios diputados de la izquierda salieron al encuentro de los recién llegados y como mejor supieron trataron de convencerlos con razones, sermoneándolos suavemente, como sermoneaba Napoleón, en los tiempos de su poderío, á Italia cuando se emancipaba demasiado. «¡Viva la República! gritaban los manifestantes. ¿Verdad que la tendremos?, añadían con insistencia ruidosa.—Sin duda, sin duda, pero retiraos.» respondía Picard, que no había visto todavía ninguna revolución y no parecía tener muchas ganas de ver una. Cremieux, más experto, subióse á un taburete á causa de su pequeña estatura, y desde aquella improvisada tribuna se puso á perorar; pero los grupos se retiraban por una puerta y volvían á entrar por otra, y con la monótona persistencia de un estribillo, algunas voces enronquecidas gritaban: «¡Dimisión, dimisión!» Entre los facciosos había algunos sujetos de aspecto bastante tranquilizador; mas, no obstante esta mezcla, los exaltados se sobrepusieron á los pacíficos.

(1) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración del comisario de policía Bellanger, tomo II, pág. 159.

(2) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración del comisario de policía Jacob, tomo II, pág. 187.

A pesar de todos los consejos, aquella masa de gente se aproximaba al salón de sesiones y antes de poco habían de ser inútiles todos los esfuerzos que se hicieran para alejarla de allí.

Mientras la sesión estuvo suspendida, el hemiciclo había quedado casi vacío. De los espectadores de las tribunas, los más atrevidos habían bajado situándose debajo de la columnata; los pacíficos no se habían movido. El Sr. Schneider no había abandonado el sillón presidencial con la esperanza de que su presencia en aquel sitio impondría la calma; en los bancos apenas se veían ocho ó diez diputados, que, mientras sus colegas estaban en las secciones, rompían ó guardaban sus papeles, como hombres que presienten una partida sin regreso. Eran las dos y media aproximadamente; de pronto oyéronse fuera gritos, rumores de altercado, y en seguida las tribunas se llenaron de individuos desaliñados que gritaban, aullaban y vociferaban: los facciosos habían eliminado rápidamente á los moderados.

Los diputados de la izquierda, al distinguir entre los invasores á algunos de los más detestables concurrentes á los clubs, experimentaron la cruel perplejidad de su victoria, y los que pudieron atravesar por entre la multitud y volver al salón se precipitaron al encuentro de los revoltosos: Cremieux lanzó algunas exhortaciones que el ruido no dejó oír; Glais-Bizoin, aún más impotente, agotó para recomendar la calma la poca voz que tenía; y Gambetta, aunque muy ardiente partidario de la caída del Imperio, rogó encarecidamente á aquellas gentes que no comprometieran con sus excesos la libertad, y al oír los acentos de aquella potente voz, muy á propósito para las grandes tempestades porque las dominaba, sonaron algunos aplausos. En esto, entraron en el salón algunos diputados que salían de las secciones en donde la discusión acababa de terminar, y el Sr. Schneider, uniendo sus consejos á los de Gambetta, protestó de su lealtad á la Cámara, á la cosa pública y á la libertad. Hubo entonces un simulacro de discusión reanudada, una esperanza fugaz, pasajera de apaciguamiento; pero en aquel mismo instante oyóse el ruido de vidrios rotos y de puertas violentamente abiertas, y nuevos grupos invadieron el hemiciclo. El señor Schneider, por consejo de uno de los secretarios, levantó la sesión y á duras penas pudo salir del recinto; cuando llegaba al jardín de la Presidencia fué insultado y golpeado por las turbas que gritaban: «¡Muera el asesino del Creuzot, el explotador de los obreros!» Agrupábanse en torno suyo, atentos á protegerlo, los señores Magnin, Chesnelong y Boduin, y no sin grandes trabajos pudo llegar á su residencia, cuya puerta fué cerrada inmediatamente.

Lo que sucedió después puso colmo al desorden: el salón se llena de manifestantes; dos jóvenes suben al estrado presidencial y se disputan el sillón; y Gambetta, que pocos momentos antes predicaba la calma, sea por impulso natural, sea por esperanza de contener el movimiento asociándose á él, se pasa de repente á la revolución, redacta á toda prisa una moción de destitución y la hace aclamar, no por los diputados, pues casi todos ellos han salido con el Sr. Schneider, sino por los facciosos. Suenan gritos de «¡Viva la República!» mezclados con amenazas é imprecaciones, y sólo una voz

VII

La Casa consistorial había estado desierta durante toda la mañana y por ser domingo hasta las oficinas se encontraban vacías. A medida que el día avanzaba, el temor de que ocurrieran disturbios hizo que se enviasen allí algunos destacamentos de infantería; pero los soldados se desbandaron en parte gritando «¡Viva la República!» y en cuanto á los que quedaban, ni el Imperio podía esperar ni la Revolución temer nada de ellos. A eso de las tres y media, uno de los jefes de división de la prefectura fué corriendo desde el Cuerpo legislativo adelantándose á los manifestantes, y entrando precipitadamente en el despacho del prefecto, dirigióse al secretario general Sr. Blanche y le dijo: «Antes de una hora esto estará invadido (3).»

Los primeros en llegar fueron Julio Favre, Julio Ferry y el Sr. de Keratry; las tropas de línea que aún permanecían allí no opusieron ninguna resistencia, y aun los oficiales cambiaron algunos apretones de manos con los recién llegados (4). Gambetta y Manuel Arago se presentaron poco después, y habiendo tomado la reunión un carácter de familia, comparecieron en un mismo coche Esteban Arago, tío de Manuel, y el señor Dreou, yerno de Garnier-Pagés. Ernesto Picard llegó en coche y Cremieux á pie, el primero curioso, burlón y triste, y el segundo muy alegre á pesar de su edad, y rejuvenecido ante aquella reproducción del 1848. Se sabía que comparecería Picard y muchos otros estaban en camino. Sin esperar más, los reunidos se creyeron en número suficiente para actuar de gobierno, y Gambetta, que era hombre resuelto, echóse á buscar al prefecto para notificarle su destitución; mas sólo encontró al Sr. Blanche que estaba sentado delante de su mesa de despacho y que, al verle, le dijo sonriendo: «Os esperaba,» y desapareció (5).

Los grupos que acompañaban á Julio Favre se habían engrosado con otros grupos; la multitud penetró en el edificio; todos se felicitaban y se daban las manos, y los guardias nacionales ponían flores en las bocas de sus fusiles. Se gritaba mucho, pero «en una nota media,» según expresión de un testigo (6). Daños materiales hubo pocos, y si bien es cierto que se rasgó un cuadro de Horacio Vernet, justo es confesar que la culpa era suya por representar al emperador (7). Gambetta pronunció un discurso que fué recibido con aclamaciones. En efecto, algunos gritaron: «¡Esteban Arago, alcalde de París!» Esteban Arago era un anciano que había visto varias revoluciones y no habría tolerado que se realizase ninguna sin él; su sobrino le dió un pedazo de tela encarnada, diciéndole: «Toma, aquí tienes tu banda;» y él se la puso incontinenti, pareciéndole aquella investidura sobradamente legal (8). No lejos del

(3) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Read, tomo II, página 266.

(4) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Ferry, tomo II, página 381.

(5) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Ferry, tomo II, página 381.

(6) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Ferry, tomo II, página 381.

(7) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Read, tomo II, página 267.

(8) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Read, tomo II, página 267.

protesta, la del marqués de Piré, quien, apoyado en su bastón, lanza á las turbas reproches intrépidos. Si hemos de dar crédito á un testigo muy bien informado, encontrábase allí todos los agitadores de las reuniones públicas, todos los que más tarde habían de figurar en la *Commune* (1). En aquel mismo momento, Regere interpelaba á Thiers en uno de los pasillos: «Señor Thiers, le decía, ya sabéis cómo se hacen las revoluciones, puesto que habéis hecho dos. El pueblo no espera; os hemos esperado hasta las dos, y como no habéis estado dispuesto, nosotros mismos decretamos la destitución.» No había allí fuerza pública: las tropas de policía estaban lejos; la guardia nacional era neutral ó cómplice, y los soldados arrojaban sus fusiles en el jardín de la Presidencia; en el salón de conferencias, el general Caussade permanecía sentado, silencioso y como anonadado. Y en el entretanto, los dos hombres que habían subido al estrado presidencial agitaban la campanilla y se preparaban para promulgar decretos como en los tiempos revolucionarios.

En aquel momento Julio Favre consiguió penetrar en el salón: había visto un espectáculo análogo en 15 de mayo de 1848; pero ahora el peligro sería mayor á causa de la disgregación de los representantes del orden; y aguijoneado por este temor, no pensó sino en desviar aquellas turbas como se desvía una corriente á la que no es posible poner un dique. ¿No era acaso el Hotel de Ville el sitio tradicional en donde se consagran los cambios políticos? Al ver que la muchedumbre pedía la República, exclamó: «No es aquí donde puede realizarse este acto, sino en el Hotel de Ville. Seguidme; yo voy allí delante de vosotros.» Algunos, tomando de los pupitres pliegos de papel, escribieron en ellos en grandes caracteres *Hotel de Ville* y los mostraron al público de las tribunas. Varios individuos, Peyrouton entre ellos, protestaron, pues se encontraban muy bien en el Palacio Borbón y temían que la Cámara, al verse libre, volviese á legislar; pero la mayoría, ajena á este refinamiento de previsión, aplaudió. Julio Favre salió el primero; algunos comparsas echaron á andar en pos de él, y le siguió la multitud exaltada, turbulenta, necia y malvada, aunque no lo bastante para que no se la pudiera apaciguar con recursos retóricos. A la salida, los manifestantes encontraron al Sr. de Keratry y á Julio Ferry que se juntaron con su colega. Algunos guardias nacionales se ofrecieron á abrir paso, otros formaron una escolta benévola, y la manifestación remontó el Sena.

El camino era conocido: era el mismo que la Revolución se había trazado ya tres ó cuatro veces. Aquel acto era una reproducción de otros actos anteriores; no había en él nada de nueva invención. La única novedad era que los prusianos estaban á seis ó siete jornadas de París. Cuando la multitud llegó á la altura de las Tullerías, algunos se desviaron como si quisieran dirigirse al palacio; pero una señal enérgica de los directores hizo volver al muelle á los que se apartaban. Daban las cuatro cuando la manifestación desembocó en la plaza de la Greve (2).

(1) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración del comisario de policía Bellanger, tomo II, pág. 158.

(2) Véase Julio Favre, *Gouvernement de la Défense nationale*, 1.^a parte, pág. 78.

Hotel de Ville estaba la prefectura de policía; el señor Pietri hallábase precisamente en las Tullerías y el secretario general no deseaba otra cosa que marcharse (1); el Sr. de Keratry, designado para este cargo, tomó posesión de él sin pérdida de momento.

Decididamente Julio Favre y sus colegas nada habían de temer del imperio; pero ¿sería tan acomodaticio su propio parido? Singular era la situación de los nuevos gobernantes: habían soñado con una revolución en dos actos, el primero de los cuales pasaría en el Cuerpo legislativo, siendo sus personajes Thiers, Schneider, Trochu y acaso el mismo Palikao, con la adición, á lo sumo, de dos ó tres miembros de la izquierda, entre ellos Picard que, según se decía, «presentaba menos aspereza.» Una vez dispuesto todo para la transición, se levantaría el telón para el segundo acto dedicado por completo á la consulta nacional, con la esperanza de que, estando el imperio desacreditado y siendo la monarquía impopular, las preferencias serían para la república. Pero la pesada mano del pueblo había suprimido las peripecias, y los diputados de la izquierda, aturdidos por la sorpresa y aterrados por un triunfo tan fácil y tan rápido, se proponían dirigir á aquellos á quienes no habían podido contener. ¿Lo conseguirían? A la satisfacción de los primeros instantes sucedían ideas más pesimistas. Cualquiera persona, aun siendo poco experta, habría podido observar en las inmediaciones del Hotel de Ville, y aun dentro del edificio, la invasión cada vez más amenazadora de las gentes del desorden, entre las cuales descollaban Delescluze, que era el más fanático de los Jacobinos, y Milliere, que era el más sagaz de esta agrupación, dos individuos que, cansados de ser criminales sólo en deseos, inspiraban las mociones que habrían anticipado seis meses la *Commune*. Los diputados, acosados por la multitud, habíanse refugiado en una pequeña pieza inmediata al despacho del prefecto; Delescluze daba vueltas por el salón, y Milliere, saliendo al encuentro de los grupos, les arengaba; y varios individuos de su confianza copiaban listas de gobierno y, siguiendo una antigua costumbre, las lanzaban por las ventanas. Estas hojas, que más tarde se encontraron, proponían á la aclamación popular á Blanqui, Delescluze, Flourens y Félix Pyat; y al lado de estos nombres, demasiado famosos, se habían puesto otros más moderados á fin de engañar á los bobalicones. Urgía conjurar el peligro, y Julio Favre trató de recurrir para ello á su elocuencia; pero el resultado fué muy mediano. En estas circunstancias surgió una combinación tan oportuna que parecía genial, porque sin ninguna exclusión mortificante eliminaría á los facciosos: esta combinación consistía en formar el *gobierno provisional* exclusivamente con los diputados del Sena y con los que, como Simón, Gambetta y Picard, habiendo sido elegidos por París, habían optado por los departamentos. La solución tenía ese aspecto de lógica sencilla que agrada á las masas y no hería ningún amor propio porque la elección no se determinaría por las personas, sino por las categorías. El único inconveniente sería que entre los así elegidos figuraría Rochefort, pero siquiera sería el único de los demagogos significados: «Bien mirado, dijo Pi-

(1) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración del general Soumain, tomo II, pág. 214.

card, vale más tenerlo dentro que fuera,» y estas palabras acallaron todas las resistencias.

De todos modos habría sido difícil prescindir de él, porque á la primera noticia de lo que ocurría, la muchedumbre se había encaminado á Santa Pelagia y, aprovechándose de la confusión general, lo había puesto en libertad, presentándose el tribuno á las cinco en la plaza de la Greve entre las aclamaciones frenéticas de un cortejo triunfal y desordenado. Los miembros del gobierno, reprimiendo su disgusto, saludaron á su nuevo colega, el cual, diciendo mucha verdad, excusóse de su poca ciencia y dijo que era poco apto para gobernar; á lo que sus compañeros le replicaron, y no estaban menos en lo cierto, que para gobernar hallábase tan bien preparado como todos los demás. Ante esta observación, su modestia cedió. En el entretanto, algunos gritaban desaforadamente: *¡Rochefort, alcalde de París!* Pero la plaza estaba ocupada y ya Esteban Arago había inaugurado sus funciones.

Otros diputados de la izquierda llegaron al Hotel de Ville: eran los Sres. Magnin, Guyot-Montpuyroux y Dorian, á quienes Julio Simón había dicho, al verles partir: «Vais á cometer una tontería.» Pero esta tontería también le tentó á él, puesto que también acudió allí en compañía de Carnot y de Corbón. Importaba mucho asegurarse de la cartera del Interior, y aunque este alto cuerpo se reservaba, según parece, en un principio á Picard, Gambetta, que era activo, encaminóse á la plaza Beauvan y se instaló en el ministerio como amo. Enrique Chevreau estaba en las Tullerías, lo propio que su hermano, León Chevreau, secretario general, y á su regreso encontraron instalado á Gambetta, á quien ayudaba Clemente Laurier; estos dos últimos se disculparon cortésmente, tan cortésmente como el señor de Morny cuando en la noche del 2 de diciembre había dado las dimisorias al Sr. de Thorigny. Todo se derrumbaba sin que nada se rompiera violentamente. El nuevo ministro redactó sin tardanza la circular anunciando á los prefectos que el imperio había acabado.

Julio Favre y sus colegas no consideraban asegurada la nueva situación sin el concurso de Trochu; lo más urgente, pues, era saber lo que de él se podía esperar ó temer.

La víspera, aquella misma mañana, el gobernador de París habría tal vez conseguido salvar algo de lo que perecía, y el servicio prestado habríase avalorado por una grandeza de alma que se habría vengado de la sospecha con un acrecentamiento de abnegación. Trochu, espíritu íntegro, conciencia cristiana, era digno de esa misión, toda lealtad, honrada perspicacia y virtud; pero ya hemos visto cómo el general, demasiado sensible á la injuria, cogió por la palabra á los que habían desconfiado de su fidelidad y con ello desperdició la ocasión suprema de cubrirse de honra. Después de salir de las Tullerías, había regresado al Louvre, y tapándose los oídos para no enterarse de nada, habíase consagrado en absoluto á los trabajos de la defensa: en este asunto, á lo menos, el deber era claro, puesto que el único adversario era el enemigo. A eso de la una y media, tal vez á las dos, uno de los cuestores, el general Lebreton, había llegado despavorido del Cuerpo legislativo y suplicado al gobernador de París que fuera á toda prisa al Palacio Borbón: «Es demasiado tarde, respondió

Trochu; me han anulado y nada puedo.» La confesión de impotencia era exacta, porque la obra de salvación, relativamente fácil la noche antes y todavía posible á las nueve de la mañana, era á las dos de la tarde poco menos que quimérica. Sin embargo, apremiado por nuevas súplicas, el general había mandado ensillar sus caballos y se había decidido á salir; á los pocos pasos había visto rodeado de una muchedumbre inmensa y había tardado una hora en llegar al puente de Solferino. En torno suyo gritaba la multitud *¡Viva Trochu!*, *¡Viva la República!* Entonces, desesperanzado de poder ser el salvador del orden y no queriendo convertirse en jefe del motín, había vuelto grupos y regresado al Louvre, encerrándose en sus habitaciones.

Hacia aquel hombre se elevaban todos los pensamientos, y por muchos que fueran sus deseos de mantenerse retraído, érale imposible persistir en esta actitud. La regencia le había solicitado por conducto del señor Chevreau; el Cuerpo legislativo por mediación del general Lebreton; y á las cinco y media le anunciaron la visita de los mensajeros del Hotel de Ville, en donde la adhesión del general había sido considerada tan preciosa que para asegurarla se habían puesto en movimiento varios emisarios. El primero en llegar al Louvre fué el Sr. Wilson, á quien siguieron el Sr. Glais-Bizón y el Sr. Steenackers; pero aun siendo tres los embajadores, parecían pocos para la magnitud del objeto de la embajada. «General, dijo el Sr. Glais-Bizón, es preciso que vengáis inmediatamente al Hotel de Ville; sólo vos tenéis autoridad para contener á la población de París;» dicho lo cual, los delegados sometieron á Trochu la lista del gobierno provisional, en la que, por una omisión demasiado oportuna para poder considerarla como fortuita, no figuraba el nombre de Rochefort (1). El general, al pronto, vaciló y luego pidió tiempo para meditar y consultar con sus allegados; y el resultado de sus reflexiones fué que su deber era aceptar. Vistióse de paisano y manifestóse dispuesto á partir; despidióse de sus ayudantes que le rodeaban y estrechándoles la mano les dijo entre sonriente y melancólico: «Voy allí á hacer de Lamartine (2).»

Al llegar á la plaza del Hotel de Ville, había en aquel sitio casi tanta aglomeración como dos horas antes en las inmediaciones del puente de Solferino; pero la misma muchedumbre que había desalentado al general cuando éste quería llegar hasta el Cuerpo legislativo, no parece haberle amedrentado tanto en su éxodo hacia sus nuevos aliados. Justo es consignar, sin embargo, que su traje de paisano le permitía caminar más desembarazadamente. Dos hombres, el Sr. Steenackers y el Sr. Glais-Bizón, se han disputado el honor de haberlo llevado al Hotel de Ville. En el interior del edificio, los patios y las salas estaban llenos; Trochu y sus acompañantes, dando rodeos y utilizando escaleras de servicio, llegaron á la pequeña estancia en donde deliberaba el gobierno.

¿Estaba presente Rochefort? Trochu no le había visto nunca y pudo no advertir su presencia; indudablemente la misma previsión que había evitado el incluir su nombre en la lista llevada á Trochu procuró retar-

(1) Trochu, *Oeuvres posthumes*, tomo I, pág. 191.

(2) Proceso del general Trochu contra *Le Figaro*, declaración de Schmitz (*Gazette des Tribunaux*, 29 de marzo de 1872)

dar una presentación desagradable. Entre sus colegas destacábase Julio Favre, que los dominaba á todos con su elevada estatura, con su extraño semblante y con el prestigio de una celebridad que nada había aún debilitado. No divagó pronunciando largos discursos, sino que, yendo directamente á su objeto, dijo al general: «Quisiéramos que en esta crisis temible el gobierno no cayera en manos de la gente que está ahí, al lado;» y al decir esto designaba con un ademán á los hombres de club que llenaban los patios, llegaban hasta la puerta de la estancia y reprimían á duras penas su rabia de no ser nada. «Ayudadnos,» añadió Favre con acento de apremiante súplica. Trochu, tras un momento de silen-



Buffet

cio, respondió formulando esta sola pregunta: «¿Me prometéis no atentar jamás contra estas tres cosas, la familia, la propiedad y la religión?» Aquellos á quienes más adelante debía denominarse *los hombres del 4 de septiembre*, procedían de la clase media, profesaban opiniones moderadas, vivían de un cierto patrimonio común de ideas mal llamadas avanzadas, puesto que en realidad eran muy rutinarias, evaporaban todas sus audacias en humos oratorios y si alguna vez se las daban de violentos era sólo por miedo á sus electores demagógicos. Por todas estas razones ni la propiedad ni la familia habían de temer nada de sus tímidas audacias; y en cuanto á la religión, la mayoría de ellos, á ejemplo de sus jefes Julio Favre y Julio Simón, eran espiritistas; además, procedían de aquellos republicanos de 1848 que si habían pecado con frecuencia contra la cordura, jamás habían pecado contra Dios. La respuesta de Julio Favre fué tal como podía el general desearla. Trochu, hombre de deber y de honor, sentíase, sin embargo, un tanto turbado por la incorrección prodigiosa que de la mañana á la tarde le transformaba de general de la regencia en tutor y guardián de un gobierno nuevo; y no tardó en demostrar esta turbación con una idea que podía ser apreciada como una singular falta de

tacto ó como una candidez no menos singular. En efecto, manifestó que antes de comprometerse del todo quería asegurarse el asentimiento ó cuando menos tomar consejo de su jefe directo, el ministro de la Guerra. De modo que el general salió del Hotel de Ville como si fuera en busca de una absolución: arrepentido antes de cometer la falta, pero bien resuelto á cometerla, iba á la calle de Saint-Dominique á solicitar lo que había de servirle de perdón á sus propios ojos. Cuando la magnitud de los acontecimientos hace llegar la confusión al colmo, las conciencias, aun las que de ordinario son rectas, tienen á veces estos complicados cálculos. Palikao estaba demasiado abatido para sorprenderse ó para indignarse: acababa de recibir la noticia de la muerte de su hijo que, según decían, había sucumbido en Sedán, y mientras Trochu le hablaba, permanecía con la cabeza oculta entre las manos, sin escucharle apenas. Después, con acento fatigado, dejó escapar estas palabras: «Si no tomáis la dirección de los negocios, todo se perderá; si la tomáis, creo que se perderá igualmente, pero á lo menos os seguirá el ejército.» Resuelto á no ser exigente, Trochu interpretó estas palabras como un consentimiento, y después de haber dado satisfacción á lo que él llamaba sus «hábitos jerárquicos», volvió al Hotel de Ville sin que su conciencia le reprochase nada.

Entonces no fué ya posible disimular la presencia de Rochefort, y el general se sintió doblemente mortificado, primero por la adición de este nuevo colega, y segundo por el disimulo que había retardado la confesión. Para tranquilizarle, le aseguraron que el redactor de *La Lanterne*, lejos de ser un peligro, sería de gran utilidad porque su nombre, ofreciendo á los exaltados una prenda inofensiva, les desconcertaría. Con esta observación calmóse Trochu; pero resuelto á ser el amo y convencido de buena fe de que lo sería, exigió la presidencia del nuevo gobierno, y como nada podían negarle, Julio Favre, investido ya de una especie de autoridad superior, se colocó de buen grado en segunda fila. Y sucedió (motivo de sorpresa que se añade á todos los demás) que aquellos que durante diez y ocho años habían luchado por la supremacía civil, aceptaron desde el primer día como jefe á un militar.

Era preciso proceder á la distribución de los grandes cargos públicos, y para ello los nuevos gobernantes se parapetaron lo mejor que supieron en la pequeña sala en donde deliberaban y colocaron en la puerta al señor Lavertujón con orden de no dejar entrar á nadie (1). Convínose en que Julio Favre se encargaría de los Negocios extranjeros y el general Lefló de la Guerra, y el general Trochu escribió al almirante Fourichón é invocando su propio ejemplo le exhortó á que aceptase la cartera de Marina. En cuanto al ministerio de Justicia, parecía corresponder de derecho de antigua ocupación al Sr. Cremieux, el cual dijo tranquilamente á sus colegas: «Yo voy á la Cancillería.» Gambetta se había instalado en el ministerio del Interior, pero cuando llegó el momento de ratificar la toma de posesión se formularon grandes objeciones, pues algunos habrían preferido á Picard, por lo que se procedió á la votación, saliendo triunfante Gambetta y adjudicándose á su rival

(1) Julio Simón, *Origine et chute du second Empire*, pág. 416.

la cartera de Hacienda (2). Como interesaba notificar la revolución, se redactaron las proclamas, que fueron cortas, pero en número de tres: la primera, para la Nación francesa, fué redactada por Picard y en ella se decía: «El pueblo ha puesto á sus representantes, no en el poder, sino en el peligro;» las otras dos iban dirigidas «á los Ciudadanos de París» y «á la Guardia nacional.» Con un aplomo que con el transcurso de los años parece impudente y que acaso entonces era sincero, se afirmaba que el gobierno había sido nombrado por aclamación; luego se recomendaba la calma y sobre todo la estricta observancia de las leyes; se celebraba la victoria conseguida sobre el Imperio, «victoria que no había costado una sola gota de sangre;» y se aventuraba el presagio de una nueva victoria contra el enemigo. Faltaba dar nombre al nuevo régimen, y aunque la palabra República estaba en los labios de todos, fué á medias rechazado y se adoptó, á propuesta de Picard, la denominación de *Gobierno de la Defensa nacional*, denominación hermosa, bien elegida y á propósito para unir á los buenos ciudadanos. También por influencia de Picard se convino en anunciar al día siguiente la convocación de los electores para la asamblea constituyente, si bien en los días sucesivos había de verse qué sería de esta promesa. Pero esta historia ya no es la del *Segundo Imperio*.

VIII

He narrado, sin interrumpirla, la extraordinaria aventura que llevó á los diputados por París al Hotel de Ville y transfirió á éste el gobierno. En apariencia, tratábase de una temeridad capaz de turbar el ánimo más sereno: alrededor del edificio no había ninguna defensa; los hombres que se improvisaban dictadores no tenían en su favor ni grandes servicios prestados ni celebridad nacional alguna; y en cuanto al nuevo régimen, carecía de toda legitimidad, como no fuese la aclamación de una mediocre muchedumbre compuesta en parte de facciosos y en parte de pazguatos. Y, sin embargo, aquella creación mezquina tenía su fuerza, que arrancaba de la debilidad de todo lo que fuera de ella existía; antes de que Trochu acudiera á apuntalarla, la más pequeña cosa habría podido derribarla, pero hasta esa más pequeña cosa había muerto.

Al llegar á este punto nos encontramos con una de las principales extrañezas de un relato que contiene tantas. Mientras Favre comenzaba su éxodo hacia la plaza de la Greve, la emperatriz estaba todavía en las Tullerías; en el Luxemburgo había un Senado custodio de la Constitución; en el Palacio Borbón un Cuerpo legislativo que luchaba con momentáneas dificultades, pero que no había sido disuelto; y en París toda una jerarquía de funcionarios civiles ó militares ligados á la dinastía por un juramento no abrogado. Falta relatar (y con ello habremos terminado nuestra tarea) cómo todos estos resortes, ya muy gastados por los anteriores reveses, se aflojaron hasta el punto de no recobrar ya su elasticidad.

Después que hubo salido el Sr. Buffet, la emperatriz

(2) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Picard, tomo I, página 476.

se quedó en las Tullerías, no sola y abandonada, como alguien ha supuesto, sino acompañada de una veintena de personas, chambelanes, damas de honor y amigos fieles. Las noticias llegaban allí muy confusas, pero por la calle de Rivoli y por los muelles pasaban y repasaban las pandillas y desde el extremo del jardín podían distinguirse en lontananza las ondulaciones de la multitud en la plaza de la Concordia. En esto, dos de los ministros, Jerónimo David y el Sr. Busson-Billault, llegaron hasta donde estaba la soberana y casi al mismo tiempo llegaron también el príncipe de Metternich y el caballero Nigra. Eran las dos ó tal vez las dos y media, y entonces la ola de los manifestantes se dirigía al Cuerpo legislativo; pero ¿no afluiría muy pronto la corriente hacia las Tullerías? Las únicas defensas del palacio eran las verjas cerradas y detrás de éstas tres ó cuatrocientos cazadores de la guardia. Entonces se insinuaron las primeras ideas de fuga. El embajador de Austria y el ministro de Italia habían oído por el camino los gritos de destitución mezclados con los de *Viva la República*, é impresionados por el espectáculo de aquella multitud que sin cesar aumentaba y á la que nadie contenía, atrevieron á pronunciar la palabra que los demás no osaban decir todavía. Se ha supuesto que estimuló sus consejos un motivo puramente personal, es decir, la idea de que, desapareciendo con la emperatriz y con la dinastía napoleónica los confidentes de insinuantes palabras y de doradas promesas, y mudos ya en lo sucesivo los ecos del palacio, podrían ser egoístas con toda tranquilidad; pero mientras no se pruebe lo contrario, no creo sino á medias en tal refinamiento. Los sucesos son, por lo general, más sencillos de lo que resultan cuando más tarde los reconstituye la maledicencia de los hombres, y es muy dudoso que aquellos dos diplomáticos merezcan el honor de una previsión tan despierta ó la injuria de un cálculo tan bajo. Comenzaba á discutirse la partida, cuando llegaron el Sr. Chevreau y su hermano, que venían de la Cámara, y refirieron todo lo que sabían: la moción de Thiers, la favorable acogida que había logrado aun en la más fiel mayoría, la suspensión de la sesión, la reunión de las secciones, la retirada de las fuerzas de policía y los comienzos de la invasión. Cada una de sus frases producía espanto y sobre todo indignación y los presentes repetían los nombres de los diputados desertores: «¡Cómo!, decían, ¡Jossseau, Terme, Descours, el Sr. de Benoist!—¡Ah!, exclamó la emperatriz; en Francia no hay derecho á ser desgraciado (2).» La soberana, dirigiéndose al general Mellinet, que mandaba los depósitos de la guardia, le preguntó: «¿Creéis, general, que se pueda defender el palacio sin hacer uso de las armas?—Señora, no lo creo.—Entonces nada hay que hacer, pues no quiero la guerra civil (3).» Los servidores de palacio, completamente azorados, quitábase las libreas y con ropas prestadas se escapaban llevándose lo que podían, como se coge un resto de un naufragio. La regente, sin embargo, vacilaba aún; pero en aquel instante (eran aproximadamente las tres y media) entró bruscamente el se-

ñor Pietri, exclamando: «¡Nos han hecho traición! Toda resistencia es imposible, pues las fuerzas con que podíamos contar nos abandonan.» Y después de haber referido que los grupos comenzaban á sitiar las verjas (4), añadió: «La salvación de Su Majestad y la de sus familiares exigen una partida inmediata.» Ante esta intimación cedió la emperatriz, despidió á sus amigos y habiendo muchos de éstos solicitado el honor de acompañarla, les respondió: «No sería realizable.» Entonces aquéllos se marcharon, muy de prisa, según parece, y después de haberse mostrado muy correctamente leales, ya no pensaron sino en su propia seguridad; de aquí, una soledad casi repentina que, andando el tiempo, había de motivar que se hablara de abandono. Si no mienten mis informes, sólo quedaron al lado de la emperatriz el príncipe de Metternich, el Sr. Nigra, los hermanos Chevreau, el Sr. Pietri y su lectora la Sra. Lebreton. En el momento de abandonar para siempre aquellos lugares, apoderóse de la soberana una vacilación tardía que la hizo deshacerse en «lamentaciones.» «Parecía clavada en el suelo,» ha escrito uno de los testigos de aquella escena suprema. «Pronto; el tiempo apremia,» dijeron Metternich y Nigra, y añadieron, dirigiéndose al señor Chevreau: «Respondemos de ella (5).» Partieron el señor Chevreau y el Sr. Pietri, y comenzó la fuga, yendo al lado de la regente su lectora y sirviendo de guías á ambas dos extranjeros. Metternich ofreció el brazo á la emperatriz y Nigra á la Sra. Lebreton, y juntos recorrieron las galerías de la parte del río y luego las del Louvre. En algunos sitios, las reparaciones que se efectuaban en algunas salas les obligaban á dar algunos rodeos, ocasionándose con ello retardos cuando los minutos eran preciosos. Al fin llegaron á la plaza de Saint-Germain-l'Auxerrois: de aquellos mismos lugares había salido diez y siete años antes, en dirección á Nuestra Señora, la carroza nupcial de la soberana. Los fugitivos llamaron un coche de punto al que subieron las dos damas; en aquel momento un pilluelo reconoció á la emperatriz; el Sr. Nigra le impuso rudamente silencio, y cuando la gente se agolpó, el carruaje se había perdido de vista. ¿Dónde buscar un asilo? No había habido tiempo de preparar nada. La Sra. Lebreton dió, al azar, al cochero las señas del domicilio de un consejero de Estado, el Sr. Besson, que vivía en el bulevar Malesherbes. El Sr. Besson no estaba en casa, en vista de lo cual tomaron otro coche y se hicieron conducir á la avenida de Wagram, á casa de un ex chambelán, que también había salido. El carruaje pasaba cerca del bosque de Boloña y la emperatriz recordó que muy cerca de éste vivía un dentista americano, el doctor Evans, y allí fué á pedir refugio la desolada princesa. ¡Desde el palacio de las Tullerías á aquella casa vulgar! ¿Había podido Shakespeare imaginar situación más dramática? El asilo era seguro; pero ¿qué era lo que podía temerse? El drama estaba por entero en los acontecimientos, no en la suerte de los actores. Nadie buscaba á la que se escondía, y aquella fuga no perseguida, desdeñosamente olvidada, completaba la desgracia. Dios no está lejos de señalar el fin de las dinastías el día en que les arrebató el privilegio supremo de los infortunios trágicos.

(1) Proceso del general Trochu contra *Le Figaro*, declaración de Busson-Billault (*Gazette des Tribunaux*, 28 de marzo de 1872).

(2) Relato manuscrito de León Chevreau.

(3) El 4 de septiembre en las Tullerías (*Figaro*, 24 de noviembre de 1870).

(4) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Chevreau, declaración de Pietri, tomo I, págs. 259 y 270.

(5) Relato manuscrito de León Chevreau.